

manos por la frente como tratando de refrescar la memoria.

Luego, de súbito :

— ¡ La garrafa ! exclamó con un acente de inexplicable terror. ¡ La garrafa !

Se la presentó el barón. El agua estaba límpida y sin una sola mancha. Bálsamo había desaparecido.

XIV

El barón de Taverney cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir

Como hemos dicho, el primero que percibió el desmayo de la Delfina, fué el barón de Taverney, pues estaba en acecho, más inquieto que ninguno, de lo que iba á pasar entre ella y el adivino. Había oído el grito dado por S. A. R., y había visto á Bálsamo lanzarse fuera de la espesura ; por lo cual acudió á donde estaba la Delfina.

La primera palabra de ésta fué para pedir que la enseñasen la garrafa, y la segunda para que no le hiciesen daño al adivino. Tiempo era de que se hiciese esa recomendación, pues Felipe de Taverney se había lanzado en su seguimiento como un león irritado, cuando le detuvo la voz de la Delfina.

Entonces la dama de honor se acercó á ella á su vez, y la preguntó en alemán ; pero á todas sus preguntas nada respondió, sino que Bálsamo no le había faltado al respeto en nada, pero que, probablemente fatigada por lo largo de la jornada y la tempestad de la víspera, había tenido un acceso de fiebre nerviosa.

Estas respuestas fueron traducidas al señor de Rohán, que aguardaba explicaciones, pero sin osar pedir las.

En la corte se contentan con una media respuesta ; la de la Delfina no satisfacía, pero todos la hallaron

satisfactoria, y en su virtud Felipe se aproximó á ella.

— Señora, le dijo, obedeciendo á las órdenes de V. A. R., vengo, con gran pesar, á recordaros que ha trascurrido ya la media hora que pensabais deteneros aquí, y que los caballos están dispuestos.

— Bien, caballero, le dijo con un aire encantador de negligente indisposición; pero revoco mi primera intención, pues me siento incapaz de partir en este momento. . . Si durmiese algunas horas, me parece que ese corto reposo me restablecería.

El barón palideció. Andrea miró á su padre con inquietud.

— V. A. sabe cuán indigno es de vos este albergue, balbuceó el barón de Taverney.

— ¡ Oh, os lo suplico, caballero ! respondió la Delfina con el tono de una mujer que va á desfallecerse. Todo estará bien con tal que yo repose.

Andrea desapareció al punto para mandar que preparasen su cuarto. Éste no era el mayor, ni tal vez el más adornado; pero el cuarto de una joven aristocrática, como lo era Andrea, aunque sea tan pobre como ella, siempre tiene algo de bonito que alegra la vista de otra mujer.

Entonces todos quisieron acorrer á la Delfina, pero con una sonrisa melancólica hizo seña con la mano, como si no tuviese fuerzas para hablar, de que deseaba estar sola, y todos se retiraron por la segunda vez.

María Antonieta los siguió con la vista hasta que desaparecieron completamente, y luego dejó caer, distraída, su pálida cabeza sobre su hermosa mano.

¡ No eran, en efecto, terribles presagios los que la acompañaban en Francia ? ¡ La sala en que se había detenido en Estrasburgo, la primera en que había puesto los pies en este suelo, y cuya colgadura repre-

sentaba el Degüello de los Inocentes, aquella tempestad que la vispera había tronchado un árbol cerca de su coche, y en fin, aquellas predicciones de un hombre tan extraordinario, predicciones seguidas de la misteriosa aparición cuyo secreto pareció resuelta la Delfina á no revelar á nadie !

Pasados como unos diez minutos, volvió Andrea á anunciar que el cuarto estaba dispuesto. No se creyó que la prohibición de la Delfina la alcanzase á ella, y Andrea pudo penetrar á donde estaba.

Durante algunos instantes, permaneció en pie delante de la princesa sin atreverse á hablar, tan sumida parecía S. A. R. en una profunda meditación.

En fin, María Antonieta levantó la cabeza, é hizo sonriendo á Andrea una seña con la mano.

— El cuarto de S. A. está dispuesto, dijo ésta; sólo os suplicamos...

La Delfina no dejó á la joven acabar.

— ¡ Muchísimas gracias, señorita ! la dijo : os ruego que llaméis á la condesa de Langershausen, y que nos sirváis de guía.

Andrea obedeció; la vieja dama de honor acudió solícita.

— Dadme el brazo, mi buena Brígida, dijo la Delfina en alemán, porque verdaderamente no tengo fuerzas para andar sola.

La condesa obedeció, y Andrea hizo un movimiento para secundarla.

— ¡ Entendéis el alemán, señorita ? preguntó María Antonieta,

— Sí, señora, respondió Andrea en alemán, y aun lo hablo un poco.

— ¡ Admirablemente ! exclamó gozosa la Delfina. ¡ Oh, esto viene perfectamente á mis proyectos !

Andrea no se atrevió á preguntar á su augusta hués-

ped qué proyectos eran aquellos, á pesar del deseo que tenía de saberlos.

La Delfina se apoyó en el brazo de madama de Langershausen, y se adelantó lentamente; parecia que le flaqueaban las rodillas.

Al salir de la espesura de los árboles, oyó al señor de Rohán que decía:

— ¿Cómo, señor de Stainville, pretendéis hablar á S. A. R., á pesar de la consigna?

— Es indispensable, respondió el gobernador con voz firme; y estoy seguro de que S. A. me perdonará.

— En verdad, caballero, que no sé si debo...

— Dejad á nuestro gobernador llegar, señor de Rohán, dijo la Delfina presentándose á la entrada del arbolado como bajo un arco de verdura; venid, señor de Stainville.

Todos se inclinaron ante la orden de María Antonieta, y se separaron para dejar pasar al cuñado del ministro omnipotente que entonces gobernaba la Francia.

M. de Stainville miró en torno suyo, como reclamando el secreto. María Antonieta comprendió que el gobernador tenía algo que decirle en particular; pero aun antes que ella manifestase el deseo de quedar sola, todos se retiraron.

— Un pliego de Versalles, señora, dijo á media voz M. de Stainville presentando á la Delfina una carta que hasta entonces había tenido oculta bajo su sombrero bordado.

Tomóla la Delfina, y leyó en su sobre: « Al señor barón de Stainville, gobernador de Estrasburgo. »

— Esta carta no es para mí, sino para vos, caballero, dijo: romped la neta y leédmela, si es que contiene alguna cosa que me interese.

— En efecto, señora, el sobre es para mí, pero ved;

en un ángulo tiene la señal convenida con mi hermano el señor de Choiseul, que indica que la carta es para V. A. R.

— ¡ Ah! es verdad, una cruz; no había reparado; dádmela.

La princesa abrió la carta y leyó las líneas siguientes:

« Está decidida la presentación de madama Dubarry, si halla una madrina. Esperamos aun que no la encuentre; pero el medio más seguro de frustrar esta presentación, sería que S. A. R. la señora Delfina se apresurase. Una vez en Versalles S. A. R. la señora Delfina, nadie osará proponer semejante enormidad. »

— ¡ Muy bien! dijo la Delfina, no sólo sin dejar ver la menor emoción, sino también sin que esta lectura hubiese parecido inspirarle el menor interés.

— ¿ Va á reposar V. A. R. ? preguntó tímidamente Andrea.

— No; gracias, señorita, dijo la archiduquesa; el aire puro me ha reanimado; ved qué fuerte estoy ahora y qué bien dispuesta.

Soltó el brazo de la condesa y dió algunos pasos con una rapidez y fuerza, cual si nada le hubiese ocurrido.

— ¡ Mis caballos! dijo: ¡ quiero partir!

El señor de Rohán miró atónito á M. de Stainville, como pidiéndole la explicación de aquel súbito cambio.

— La Delfina se impacienta, respondió el gobernador al oído del cardenal.

Fué tal la destreza con que se había deslizado la mentira, que el señor de Rohán la tomó por una indiscreción, y se dió por satisfecho.

En cuanto á Andrea, la tenía habituada su padre á respetar todo capricho de testa coronada, y por consi-

guiente no la sorprendió esa contradicción de María Antonieta. Así, volviéndose ésta hacia ella y no viendo en su semblante más que la expresión de una inefable dulzura :

— ¡ Gracias, señorita ! le dijo. Estoy sumamente reconocida á vuestra hospitalidad.

Luego, volviéndose al barón :

— Caballero, le dijo : sabréis que al salir de Viena he hecho el voto de hacer la fortuna del primer francés que encontrase al pisar las fronteras de Francia. Ese francés es vuestro hijo... Pero no se dirá que me contento con eso, y que la señorita... ¿ cómo se llama vuestra hija, caballero ?

— Andrea, señora.

— Y que queda olvidada la señorita Andrea.

— ¡ Oh ! V. A... ! murmuró la joven.

— Sí, quiero nombrarla señorita de honor. Nos hallamos en estado de poder hacer nuestras pruebas, ¿ no es verdad, caballero ? continuó la Delfina dirigiéndose á Taverney.

— ¡ Oh, V. A. ! exclamó el barón, cuyos sueños quedaban todos realizados con esta palabra. Por esta parte no tenemos ninguna inquietud, porque somos más nobles que ricos... Sin embargo... tanta dicha.

— Sois muy digno de ella... El hermano defenderá al rey en el ejército; la hermana defenderá á la Delfina en su palacio; el padre dará al hijo consejos de lealtad, y á la hija de virtud... y tendré en ellos unos dignos servidores, ¿ no es verdad, caballero ? continuó María Antonieta dirigiéndose al joven, quien no pudo menos de hincarse de rodillas, y en cuyos labios la emoción ahogó la voz.

— Pero... murmuró el barón, que fué el primero que recobró la facultad de reflexionar.

— Sí, comprendo, dijo la Delfina; tenéis que hacer preparativos, ¿ no es verdad ?

— Sin duda, señora, respondió Taverney.

— Lo supongo; pero esos preparativos no pueden ser muy largos.

Una triste sonrisa que asomó á los labios de Andrea y Felipe, mientras en los del padre asomó una bien amarga, le detuvo en esa vía, cruel para el amor propio de los Taverney.

— Sin duda que no, si he de juzgar por vuestro deseo de complacerme, añadió la Delfina. Además, aguardad; yo os dejaré una de mis carrozas para que os conduzca detrás de mí. Vamos, señor gobernador, ayudadme.

El gobernador se aproximó.

— Dejo una carroza al señor de Taverney, á quien llevo á París con la señorita Andrea, dijo la Delfina. Nombrad alguno para acompañar esa carroza y hacer que la reconozcan por mía.

— Al momento, señora, respondió el barón de Stainville. Adelantaos, señor de Beausire.

Un joven de veinticuatro á veinticinco años, de andar seguro, y de ojo vivo é inteligente, salió de las filas de la escolta y se adelantó con el sombrero en la mano.

— Guardaréis una carroza para el señor de Taverney, dijo el gobernador, y la acompañaréis.

— Velad por que se nos incorpore muy pronto, dijo la Delfina, os autorizo á que toméis tiros dobles, si es preciso.

— Esta brusca partida no os causa demasiada pena, ¿ no es verdad, caballero ? preguntó la Delfina.

— Estamos á las órdenes de V. A., respondió el barón.

— ¡ Adiós! adiós! dijo la Delfina con una sonrisa.

¡ Al coche, señores !... ¡ señor Felipe, á caballo !

Felipe besó la mano de su padre, abrazó á su hermana, y montó á caballo.

Un cuarto de hora después, de toda aquella cabalgata arremolinada como la nube de la víspera, no quedó en la calle de árboles de Taverney más que un joven sentado en el poyo de la puerta, el cual, pálido y triste, seguía con ojos ávidos las últimas nubes de polvo que levantaban á lo lejos los rápidos pies de los caballos.

Ese joven era Gilberto.

Durante este tiempo, el barón, que había quedado solo con Andrea, no había recobrado aun el uso de la palabra.

Era singular el espectáculo que presentaba el salón de Taverney.

Andrea, con las manos juntas, reflexionaba en aquella multitud de acontecimientos extraños, inesperados, inauditos, que acababan de pasar súbitamente á través de su vida tan sosegada, y creía soñar.

El barón despinzaba sus cejas grises, en las cuales sobresalían largos pelos retorcidos, y tijereteaba la chorrera de su camisa.

Nicole, pegada á la puerta, miraba á sus amos.

La Brie, con los brazos colgando y la boca abierta, miraba á Nicole.

El barón fué el primero que volvió en sí.

— ¡ Tunante ! gritó á La Brie, te estás ahí como una estatua, mientras ese gentilhomme, ese exento de la casa real, aguarda afuera.

La Brie dió un salto de lado, enredándose la pierna izquierda con la derecha, y desapareció dando un aspás.

Pasado un instante, volvió.

— Señor, dijo, ese gentilhomme está abajo.]

— ¡ Y qué hace ?

— Está dando de comer pimprinelas á su caballo.

— Déjale que se las dé. ¿ Y la carroza ?

— La carroza está en la calle de árboles.

— ¿ Con los tiros puestos ?

— De cuatro caballos. ¡ Oh, qué hermosos animales, señor ! Están comiendo los granados del parterre.

— Los caballos del rey tienen el derecho de comer lo que se les antoja. Á propósito, ¿ y el brujo ?

— Señor, el brujo ha desaparecido.

— Dejando la mesa puesta, dijo el barón ; eso no es creíble. Ya volverá, ó alguno por él.

— No lo creo, dijo La Brie. Gilberto le ha visto marchar con su furgón.

— ¡ Gilberto le ha visto marchar con su furgón ! repitió el barón pensativo.

— Sí, señor.

— Ese haragán de Gilberto todo lo ve. Ve á hacer la maleta.

— Está hecha, señor.

— ¿ Cómo es eso de está hecha ?

— Sí ; desde que oí la orden de la señora Delina, entré en el cuarto del señor barón, y empaqueté sus vestidos y ropa blanca.

— ¿ Quién te mete á ti en eso, tunante ?

— Pardiez, señor, he creído acertar anticipándome á sus deseos.

— ¡ Imbécil ! Vamos, ayuda á mi hija.

— Gracias, padre mio, tengo á Nicole.

El barón se puso á reflexionar de nuevo.

— Pero, archibruto, dijo á La Brie, ¡ hay una cosa imposible !

— ¿Cuál, señor ?

— Y en la que tú no has pensado, porque tú no piensas en nada.

— Decid, señor.

— El que S. A. R. haya partido sin dejar alguna cosa al señor de Beausire, ó que el brujo haya desaparecido sin dar á Gilberto algún recado.

En este momento oyóse en el patio como un pequeño silbido.

— Señor, dijo La Brie.

— ¿ Qué hay ?

— Que llaman.

— ¿ Quién llama ?

— Aquel caballero.

— ¿ El exento del rey ?

— Sí, y allí está Gilberto que se pasea como si tuviese algo que decir.

— Entonces, véte, animal.

La Brie obedeció con su prontitud acostumbrada.

— Padre mío, dijo Andrea acercándose al barón, comprendo lo que os atormenta en este momento. Tengo, como sabéis, treinta luises, y este hermoso reloj guarnecido de diamantes que la reina Maria Lecinska ha regalado á mi madre.

— Sí, hija mía, sí, bien está, dijo el barón; pero guárdalo, guárdalo, pues te hará falta un hermoso traje para tu presentación.... Entretanto, yo soy quien debe buscar recursos, pero silencio, que ahí viene La Brie.

— Señor, exclamó La Brie al entrar, y trayendo en una mano una carta y en la otra algunas monedas de oro; señor, he aquí lo que la Delfina ha dejado para mí... ¡ Diez luises! diez luises, señor!

— ¿ Y esa carta, tunante ?

— ¡ Ah! esta carta es para vos, señor; es del brujo.

— ¡ Del brujo! ¿ y quién te la ha entregado ?

— Gilberto.

— Bien te lo decía yo, doble bruto; dámela, dámela pronto.

El barón arrancó la carta á La Brie, abrióla precipitadamente y leyó para sí:

« Señor barón, desde que una augusta mano ha tocado esta vajilla en vuestra casa, os pertenece; guardadla, pues, como una reliquia, y pensad algunas veces en vuestro reconocido huésped.

» JOSÉ BÁLSAMO. »

— ¡ La Brie! gritó el barón después de reflexionar un momento.

— ¿ Señor ?

— ¿ No hay un buen platero en Bar-le-Duc ?

— ¡ Oh! sí, señor, el que ha vuelto á soldar el vaso de plata de la señorita Andrea.

— Está bien, Andrea, pon á parte el vaso en que ha bebido S. A. R., y hay que coloquen en la carroza el resto del servicio. Y tú, majadero, anda á la bodega, y haz que sirvan á ese gentilhombre lo que queda de buen vino.

— Una botella, señor, dijo La Brie con profunda melancolía.

— Es todo lo que se necesita.

La Brie salió.

— Vamos, Andrea, continuó el barón cogiendo las dos manos de su hija: vamos; ánimo, hija mía. Vamos á la corte, en donde hay muchos títulos vacantes, muchas abadías que dar, no pocos regimientos sin coronel, y buen número de pensiones en barbecho. La corte es un bello país, muy iluminado por el sol. Ponte siempre, hija mía, del lado donde éste luzca, pues eres linda de ver. Ve, hija mía, ve.

Andrea salió á su vez, después de haber presentado su frente al barón.

Nicole la siguió.

— ¡Hola! ¡monstruo de La Brie! gritó Taverney saliendo el último: ¡cuidame bien al señor exento! ¿lo entiendes?

— Sí, señor, respondió La Brie desde el fondo de la bodega.

— Yo, continuó el barón trotando hacia su cuarto, yo voy á arreglar mis papeles... Que dentro de una hora nos hallemos fuera de este tabuco, ¿lo oyes, Andrea?... Al cabo saldré bien de Taverney, y por la buena puerta aun... Es verdad que me voy haciendo supersticioso como un diablo... Pero despáchate, miserable La Brie.

— Señor, he tenido que ir á tientas, pues no queda ninguna vela en el castillo.

— Tiempo era, á lo que parece, dijo el barón.

XV

Los veinte luises de Nicole

Andrea, de vuelta ya en su cuarto, activaba los preparativos de su marcha, ayudada por Nicole con un ardor que disipó pronto la nube que se había levantado entre ella y su ama, con motivo de la escena de la mañana.

Mirábala Andrea al soslayo y se sonreía viendo que no tendría necesidad de perdonar.

— Es una buena muchacha, se decía por lo bajo, muy afecta á la casa y agradecida; tiene sus debilidades, como toda criatura humana las tiene. ¡Olvidemos!

Nicole, por su parte, no era muchacha capaz de perder de vista la fisonomía de su ama, y observaba la benevolencia creciente que en su hermosa y tranquila cara se pintaba.

— ¡Qué necia soy! pensó. Estaba cerca de indisponerme, por causa de ese bribonzuelo de Gilberto, con la señorita que me lleva á Paris, en donde casi siempre se hace fortuna.

Era difícil que en esta rápida pendiente no se encontrasen dos simpatías, rodando la una hacia la otra, y que, encontrándose, no se pusiesen en contacto.

Andrea habló la primera.

— Mete mis encajes en un cartón, le dijo.

— ¿En qué cartón, señorita.? preguntó la camarera